



El derecho del mundo secularizado al anuncio del Evangelio

Martín Gelabert, op

XIII Congreso Justicia y Paz
(Vigo, 28, 29 y 30 marzo 2008)

www.colectivoverapaz.org

0. Aclaraciones sobre la expresión sociedad secularizada

1.- El título de estas reflexiones necesita alguna aclaración: ¿de qué estamos hablando cuando nos referimos a la sociedad secularizada? El término secularización puede tener sentidos diversos. Puede ser una constatación: la disminución de la práctica religiosa, la constatación del menor número de fieles que frecuentan las Iglesias y, en consecuencia, el hecho de que las religiones han perdido peso e influencia en esta sociedad o, al menos, en muchos sectores de la misma, que funcionan al margen de ellas. Digo bien al margen, no necesariamente en contra. Ahora bien, esta disminución de la praxis religiosa es, en gran parte, consecuencia de un cambio en el mundo de las ideas, de un cuestionamiento no sólo de la utilidad sino también de la verdad de las religiones. Eso nos conduce a un segundo sentido, negativo, de la secularización.

2.- Este sentido negativo va acompañado de una actitud beligerante contra la religión. La secularización designaría la incompatibilidad de la religión y de la racionalidad técnico-científica en el mundo contemporáneo. Esta incompatibilidad sería beligerante porque las religiones se opondrían al progreso de la ciencia, a la libertad de la persona, a la alegría del vivir y a la satisfacción de los deseos. La afirmación de Dios implica y postula la negación del ser humano y viceversa. Más aún: las religiones, sus dogmas y su sistema moral serían una pura fantasía, una proyección del espíritu oprimido o necesitado, habría que situarlas en el terreno del mito y de la leyenda.

Estos cuestionamientos radicales, detrás de los cuales podemos encontrar los nombres de Marx, Freud o Nietzsche, tienen gran influencia entre nuestros contemporáneos. No basta con tildarlos de herejes para neutralizar su influencia. Porque, como reconoce el mismo Benedicto XVI¹, planteamientos como los de Marx o Nietzsche tienen no sólo su parte de verdad, sino que han ayudado a purificar la religión. Apuntan pues a falsificaciones patentes del mensaje y de la praxis cristiana. Si reconocemos la parte de verdad de las críticas a la religión y queremos evangelizar –presentando el verdadero rostro de Cristo, un rostro no deformado- a esta sociedad secularizada, no podemos hacerlo desde “la oposición”, pues entonces corremos el riesgo de oponernos a la parte de verdad que hay en las críticas, oponernos a esos resplandores de la verdad que, por añadidura, han ayudado –o han forzado, que es una forma de ayudar- a purificar la religión. Se impone, pues acogida y diálogo, aceptar el desafío que nos plantea la secularidad. Este diálogo, como veremos más adelante, tiene su lugar más allá del templo y la parroquia. Tiene su lugar allí donde se gesta esta ciudad secular.

¹ En *Deus caritas est*, nn. 3 y 26

3.- Finalmente, secularización pudiera tener un sentido neutral e incluso positivo que encuentra un aval en el Concilio Vaticano II, cuando habla de la justa autonomía de las realidades terrenas: “las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar... Pues por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia”. Entendida así la secularización no hay incompatibilidad alguna con la fe cristiana “porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en un mismo Dios”. Por tanto, con el Concilio, podemos lamentar “ciertas actitudes que, por no comprender bien el sentido de la legítima autonomía de la ciencia (y podríamos añadir el sentido de la legítima autonomía de la política o de la economía), se han dado algunas veces entre los propios cristianos; actitudes que, seguidas de agrias polémicas, indujeron a muchos a establecer una oposición entre la ciencia y la fe”² (y también podríamos añadir: entre política y fe).

Ahora bien, la toma de conciencia de la justa autonomía de lo temporal comporta una redefinición de la Iglesia. La Iglesia ya no puede pretender tener ella sola la palabra en cuestiones de justicia social. Sin duda la Iglesia tiene el derecho a entrar en el debate de qué es la justicia, pero argumentando “desde la razón”, o sea, con una argumentación que los demás puedan comprender y aceptar. Más aún, al entrar en el debate sobre determinadas cuestiones éticas, la Iglesia no pretende con eso abrogarse “un poder sobre el Estado. Tampoco quiere imponer a los que no comparten la fe sus propias perspectivas y modos de comportamiento... No es tarea de la Iglesia que ella misma haga valer políticamente su doctrina”. Su tarea es servir a la formación de las conciencias³. Sería importante reflexionar sobre el alcance de estas lúcidas orientaciones, inspiradas en el pensamiento de Benedicto XVI, a la hora de juzgar eclesialmente algunas políticas del actual gobierno español. ¿Qué repercusiones puede tener eso de que no es tarea de la Iglesia hacer valer políticamente su doctrina?

4.- En esta conferencia cuando hablo de sociedad secularizada me refiero a una mezcla de todos esos sentidos. Por una parte es cierto que la práctica religiosa ha disminuido; que mucha gente organiza su vida sin referencia alguna a Dios, que en esta sociedad nuestra las leyes y normas que la rigen así como las costumbres sociales ya no se inspiran en preceptos religiosos. Y también es cierto que hay una mentalidad difusa que considera incompatible lo religioso con lo científico y, a veces, incompatible con lo humano. Todo eso hace que hoy sea más difícil que en otras épocas mantener la fe en Dios. Por una parte, a las convicciones personales de los creyentes les falta apoyo social; y por otra, cuando esos creyentes quieren testimoniar su fe, no se encuentran, de entrada, con una disposición favorable a escucharles, sino con muchos prejuicios en contra. ¿Cómo situarnos en esta sociedad, cómo ser cristianos adultos, cómo ser modernos y cristianos a la vez? Y sobre todo, ¿cómo vivir la fe con una alegría contagiosa, como proclamar que en

² *Gaudium et Spes*, 36

³ Cf. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, nn. 27 y 28

Jesucristo está la salvación no sólo sin complejo alguno, sino sobre todo de forma que quienes nos ven y nos oyen se sientan interesados o interpelados por lo que decimos?

1. Aclaraciones sobre derechos y deberes

La pregunta que encabeza esta conferencia es provocativa: ¿tiene derecho la sociedad secularizada a ser evangelizada? Después de las aclaraciones ya hechas sobre la secularización, conviene ahora hacer otras sobre el derecho de la sociedad a ser evangelizada, para situar bien la pregunta y responder a ella. Primera aclaración: antes que derecho hay obligación; segunda: antes que derecho hay gracia; tercera: más que de derecho hay que hablar de acogida libre de una gracia; o sea, se trata de un derecho que no comporta ninguna obligación y que sólo puede ejercerse en un clima de absoluta libertad.

1.- En primer lugar importa aclarar que la evangelización, antes de ser un derecho de los no cristianos, es en primer lugar un deber de todo cristiano: “¡Ay de mi si no anuncio el evangelio!” (1 Cor 9,16). Nótese bien: no dice “ay de ellos”, (¡ay de ellos, pobrecitos, que se van a condenar, si no les anunciamos el Evangelio!), sino “ay de mí”. La evangelización es un problema que se me plantea ante todo a mi.

La fe es muy respetuosa y comprensiva con los no creyentes, pero no es nunca un asunto privado, algo que uno puede guardarse sólo para sí: “creemos y por eso hablamos” (2 Cor 4,13). Porque el encuentro con el Señor, y eso es la fe, es un acontecimiento que ha cambiado la vida. Y cuando la vida cambia eso no puede ocultarse. La fe no se confiesa principalmente en función de los no creyentes. Se confiesa, ante todo, porque el creyente no puede contener la alegría de su fe y por eso siente necesidad de transmitirla, se siente impelido a comunicar esa alegría, ese buen acontecimiento que ha experimentado, que le ha descubierto nuevos horizontes, un mundo de salvación y gracia. Por eso la evangelización es consecuencia inevitable de la propia convicción creyente.

Una fe sin testimonio es una falsa fe, una superstición, una incredulidad escondida. La exclamación de San Pablo: “ay de mi si no anuncio el Evangelio” pudiera relacionarse con esta palabra de Jesús: “todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos” (Mt 10,32). Conocer a Jesús –si es que se le ha conocido bien- supone necesariamente tomar partido por él. El problema que tenemos en este mundo es que nunca le conocemos del todo perfectamente. Pero en la medida en que le vamos conociendo mejor, nuestro testimonio es más convincente, más valiente, más claro, más auténtico.

Además, el mismo hecho de dar testimonio supone un avance, una mejora en el conocimiento de Cristo. Hay una circularidad entre dar testimonio y conocer a Jesús. El testimonio y el conocimiento se alimentan mutuamente. Así se comprende la razón poco conocida y de suma importancia que da san Pablo del “ay de mi si no anuncio el Evangelio”. Porque si no lo anuncio, dice Pablo, no podré ser partícipe del mismo (1 Cor 9,23). En la medida en que doy testimonio participo yo también del Evangelio; en la medida en que conduzco a otros a Dios, me conduzco a mi también. Se conoce a Dios en la medida en que se le da a conocer. Confesar la fe es el mejor modo de aumentar la propia fe. Al confesar la fe no sólo descubrimos perspectivas inéditas de la fe, pues confesarla es buscar el modo de decirla para que otros la entiendan; también desaparecen las dudas que uno pensaba tener. De modo que a quién primero favorece, a quién primero hace bien la evangelización es a uno mismo.

Tener claro que la evangelización es la primera obligación de todo cristiano y que brota de la naturaleza misma del ser cristiano, permite iluminar críticamente una concepción no del todo exacta ni acertada del apostolado de los laicos. A veces, el apostolado de los laicos se presenta como colaboración o delegación. Se diría que el obispo, y en todo caso el clero, es el llamado a evangelizar. Los laicos son colaboradores en esa misión y si alguna vez la realizan por ellos mismos es como delegados del obispo. Esta visión tan estrecha debe ser ampliada. Pues los seculares no participan del ministerio del obispo, sino del “ministerio sacerdotal, profético y real de Cristo”⁴.

El Concilio Vaticano II reconoce: “el deber y el derecho del secolar al apostolado deriva de su misma unión con Cristo”⁵; y antes: “el apostolado de los seculares brota de la esencia misma de su vocación cristiana”. Su urgencia es hoy mucho mayor, porque ha aumentado, “como es justo, la autonomía de muchos sectores de la vida humana”. A continuación se refiere el Concilio “a la propia responsabilidad (de los seculares que) los impulsa por todas partes al servicio de Cristo y de su Iglesia”⁶. Otra cosa es que el obispo juegue un papel importante en la estructura de la Iglesia y tenga sus propias responsabilidades. Pero tenemos que cambiar esa mentalidad de los laicos como delegados o colaboradores, como si tuvieran un papel subsidiario. Todos colaboramos con todos, cada uno desde nuestro propio lugar.

2.- Vamos con una segunda aclaración. Simone Weil hizo notar que el derecho está vinculado a la fuerza reivindicativa del poder. En cierto modo el tener o no tener derechos encierra una guerra latente. Yo puedo pleitear contra aquel que me niega mis derechos. De ahí, seguía notando Weil, que la noción de derecho hace imposible, desde todos los ángulos, cualquier matiz de caridad⁷. Se comprende mejor así que cuando nos movemos en el terreno del Evangelio más que de derecho hay que hablar de gracia, de don, de regalo. El Evangelio no es algo que yo pueda exigir, es un regalo que me hacen.

⁴ *Apostolicam Actuositatem*, 2

⁵ Id., 3

⁶ Id., 1. El *Código de Derecho Canónico* dice: Todos los fieles tienen el deber y el derecho de trabajar para que el mensaje divino de salvación alcance más y más a los hombres de todo tiempo y del orbe entero. (canon 211)

⁷ Cf. SIMONE WEIL, *Escritos de Londres y últimas cartas*, Madrid, 2000, 26 y 28.

Más aún, es un regalo que sólo conozco cuando me lo dan. Por tanto, antes de que me lo den, ni siquiera estoy en condiciones de pedirlo porque no conozco siquiera su existencia. Eso sí, cuando lo he conocido y acogido, entonces descubro que eso precisamente es lo que íntimamente estaba buscando, aún sin saberlo. Hay acontecimientos, como la amistad, el amor, el encuentro personal, la fidelidad conyugal que sólo se conocen al recibirlos, pero al recibirlos uno comprende que antes de acogerlos su vida tenía un vacío, una falta de sentido, que sólo el regalo ha cubierto. Estos acontecimientos no se dejan apropiarse por nosotros; son ellos los que se apropian de nosotros. Lo mismo ocurre cuando recibimos el Evangelio: no es un derecho, una realidad que puedo manejar a mi antojo, algo que yo puedo forzar para que venga. Y, sin embargo, cuando viene, me agarra de tal forma que no quiero dejarlo, porque no comprendo como podría ser mi vida sin Jesucristo: “Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna?” (Jn 6,67-68). Cuando uno ha encontrado y vivido la experiencia de determinados amores, ya no entiende como puede ser la vida sin ellos. Hay personas que son un auténtico descubrimiento y una maravilla para la vida de quienes les aman.

Una vez que lo he conocido es cuando comprendo que, más que derecho, lo que tengo es verdadera necesidad del Evangelio. Y comprendo también la necesidad que siempre he tenido del Evangelio. Por este motivo son los que ya han descubierto la buena noticia de Jesús los que saben de la necesidad que tienen de él los que todavía no le conocen, y los que saben del derecho (si es que queremos hablar así) que tienen de que les sea anunciado.

3.- La tercera aclaración se refiere a que esta necesidad que tienen todos los seres humanos de Jesucristo y de su Evangelio es una necesidad que sólo puede ser satisfecha cuando es acogida libremente. Es una necesidad que no puede imponerse. Por tanto, si nosotros queremos satisfacer el derecho que otros tienen a que les sea anunciado el Evangelio no podemos hacerlo de cualquier modo, no podemos hacer proselitismo, ese celo desmesurado para que los demás se pasen a mi bando.

Nadie puede ser forzado a acoger el Evangelio. Y si es cierto (desde nuestro punto de vista) que todos los seres humanos tienen necesidad de que les sea anunciado, es una necesidad que no podemos imponer. La fe es libre, el Evangelio se recibe gratis y se acoge libremente.

Esta libertad de acogida que tiene todo oyente del Evangelio, y que en ocasiones se manifiesta en forma de desinterés o de rechazo, permite, a los que sí tenemos obligación de anunciarlo, superar muchos desánimos producidos por la aparente “falta de fruto” de nuestro testimonio. Nosotros somos responsables de la evangelización, no de sus resultados. Porque lo que anunciamos, una vez anunciado correctamente, no tiene el éxito garantizado, pues la manera como el otro recibe el anuncio no está bajo mi control. Puede ocurrir, como bien notaba Kierkegaard, que “tal vez juzga en sentido totalmente opuesto de aquel que yo deseo”⁸. Más aún, pudiera ocurrir que mi anuncio le hubiera molestado, o incluso irritado, bien por haberlo comprendido mal, bien por los prejuicios personales o

⁸ SÖREN AABYE KIERKEGAARD, *Mi punto de vista*, Aguilar, Buenos Aires, 1980, 57-58.

sociales que han condicionado su audición. Por muy acertada que sea mi palabra y por muy bueno que sea mi testimonio hay situaciones personales y sociales que dificultan enormemente la acogida del Evangelio. Tenemos que ser conscientes de que el Evangelio puede resultar irritante. Ya Jesús se encontró con una clara oposición a su mensaje que le llevó a la cruz. Creo que no nos hemos preguntado suficientemente qué pudo ver la gente en Jesús para que muchos vieran en él a un endemoniado.

El testimonio cristiano es humilde y paciente. Ser consciente de ello evita falsas ilusiones y fáciles decepciones, pero no dispensa de ningún esfuerzo para seguir anunciándolo con la máxima fidelidad posible. Al respecto hay un proverbio que cita San Pablo que puede iluminar lo que decimos (con las debidas matizaciones, porque en nuestro caso no se trata de enemigos, sino de amigos que queremos acoger): “si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; así lo pondrás colorado” (literalmente: así amontonarás ascuas sobre su cabeza) (Prov 25,21-22; Rm 12,20). Dar de comer –bien sea el pan del cuerpo, bien el pan de la Palabra de Dios- no garantiza en absoluto que vayas a ganarte a quien alimentas. Pudiera incluso ocurrir que se pusiera todavía más en contra tuya.

En suma, el evangelizador nunca es un fracasado. Es un sembrador. Sólo se siente fracasado cuando pretende ser lo que no es, a saber: un segador. Por otra parte, estoy cada vez más convencido de que si el Evangelio es para todos, sólo unas pocas minorías lo aceptan en su explicitud cristiana y hasta sus últimas consecuencias. Eso dejando aparte que no sabemos el resultado de nuestro testimonio ni de nuestra palabra. Y dejando también aparte que hay modos anónimos y no eclesiales de encontrarse con el Señor. Y eso es lo importante: que se encuentren con él. A veces trabajamos para que entren en la Iglesia; en realidad eso es asunto segundo. Nuestro trabajo primero es hacer llegar a Cristo a la sociedad, aunque ellos no lo acepten explícitamente o no se acaben de enterar que están acogiendo a Cristo sin saberlo.

2. La evangelización requiere presupuestos

Hemos dicho que la fe sólo puede acogerse libremente. También hemos dejado sentado que la evangelización es una responsabilidad, un problema del propio creyente, responsabilidad que no depende de los resultados. En ese terreno los malos resultados no indican necesariamente que se ha asumido mal la responsabilidad. El caso de Jesús es claro: su predicación le condujo a la cruz. El Evangelio puede no ser acogido. Dicho esto hay que hacer una importante aclaración: El Evangelio puede no dar resultados por nuestro inadecuado modo de anunciarlo. El Concilio Vaticano II tras analizar las dificultades que la cultura actual plantea al reconocimiento de Dios y, por tanto, a la Evangelización, añadió otra dificultad que sorprendentemente provenía de los propios creyentes, “en cuanto que, con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición

inadecuada de la doctrina, o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión”⁹.

La Iglesia –nosotros mismos- podemos ser seriamente responsables del rechazo del Evangelio, por nuestra falta de coherencia personal, por nuestra inadecuada manera de catequizar, por la mala imagen de la Iglesia que ofrecemos o las malas impresiones que a veces causamos, por la complicidad con el poder y el dinero, o por la búsqueda de prestigio de algunos de sus miembros más representativos. El Evangelio no puede ser anunciado de cualquier modo. Y si su acogida no es fácil, porque exige un cambio personal, hay modos de anunciarlo que facilitan o dificultan la acogida, que lo hacen más o menos audible y creíble. Si la sociedad secularizada tiene derecho a ser evangelizada, para respetar ese derecho habrá que preguntarse si cumplimos con unas mínimas condiciones que hagan posible que ese derecho sea realizable.

Para que el Evangelio pueda siquiera ser escuchado hay que tener en cuenta la situación del oyente. No para lamentarla ni condenarla, sino para adaptarnos a ella. Si le hablamos en latín y el oyente no sabe latín, nunca podrá entender lo que le decimos. Evidentemente no se trata de latín, sino de unas estructuras mentales y sociales que dificultan, cuando no impiden la escucha. Hoy hay que evangelizar en un desierto poblado de aullidos (cf. Dt 32,10). Desierto, por el profundo vacío interior que embarga a muchas personas; pero desierto poblado de aullidos, porque para compensar esta soledad que le embarga el hombre moderno ha creado un mundo lleno de ruido y de furor, mundos imaginarios colmadores de vacío, que le impiden pensar y darse cuenta de la gran necesidad que tiene de Dios. Si hoy queremos anunciar el Evangelio nos encontramos ante la necesidad de tener muy en cuenta, previamente al anuncio, los presupuestos que hagan posible la escucha.

Voy a referirme a continuación a algunos ejemplos concretos de presupuestos, que considero importantes, en función de distintas situaciones con las que nos encontramos en esta sociedad secularizada. Uno se refiere a los restos de religiosidad popular que todavía conserva mucha gente que, de hecho, ha abandonado la Iglesia. El otro a esta cultura que difunden los medios de comunicación, la de búsqueda de placer inmediato y la limitación de lo real a lo útil y, en todo caso, a lo controlable por la ciencia y la técnica. En ambos casos hay que intentar ver, aunque sea como en negativo o en filigrana lo que yo llamo un apetito difuso de evangelización, que no se expresa de este modo, pero que nosotros tenemos que saber detectar bajo otras apariencias, a veces incluso contrarias al Evangelio.

Sin tener en cuenta esos presupuestos, sin saberlos manejar adecuadamente, no sólo no evangelizaremos, sino lo que es peor: podremos crear un terrible malentendido que dificulte todavía más una futura acogida del Evangelio.

⁹ *Gaudium et Spes*, 19

3. Evangelizar una religiosidad no (del todo) cristiana

En nuestra sociedad secularizada quedan muchos restos de religiosidad, que a veces se mezclan y confunden con tradiciones culturales (procesiones de semana santa, costumbres, fiestas populares o patronales), o que se manifiestan en unas formas religiosas personales en apariencia cristianas, que aparecen en momentos puntuales, pero que no transforman la totalidad de la vida (protección de estampas, oraciones del tipo “pídase con esta oración y aunque no se crea se obtendrá”, santos más o menos exóticos, cirios u ofrendas en caso de enfermedad o de necesidad).

Estos restos de religiosidad mueven todavía a mucha gente, por motivos diversos, a solicitar la recepción de los sacramentos: bautismo, matrimonio, exequias. Ahora este fenómeno se acentúa y acrecienta con la llegada de inmigrantes latinos. ¿Los motivos por los que se solicitan esas ceremonias religiosas facilitan o más bien dificultan la acogida, el deseo, la comprensión del Evangelio? ¿Hay presupuesto para celebrar el sacramento? En estos casos será importante ayudar a purificar los motivos que muchos tienen para acercarse a los sacramentos. Ya Jesús se encontró con que muchos le seguían por motivos ajenos al Reino que él anunciaba: “me buscáis no porque habéis visto signos (del Reino), sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado” (Jn 6,26). Pero lo que importa no es este alimento perecedero, sino el alimento que permanece para vida eterna (Jn 6,27).

De ahí la pertinencia de la pregunta: “¿Qué buscáis?” (Jn 1,38). Pudiera haber seguimientos equivocados, sentimientos que no responden a lo que es Jesús. Pudiera haber manifestaciones religiosas, peticiones de recibir sacramentos, que no son resultado de un encuentro con Jesucristo. Habrá que discernir cada caso, pues no se trata de rechazar sin más estas manifestaciones o peticiones, pero sí se trata de aprovecharlas para hacer una buena catequesis, si es posible, o para hacer caer en la cuenta a sus protagonistas de la incoherencia de su petición. Aquí, como en todo lo referente a la evangelización se requiere mucho tacto, mucha paciencia y la espera de la hora en que Dios haga eficaz nuestra tarea evangelizadora.

La religiosidad puede ser un elemento favorable para la Evangelización. Pero también puede ser un obstáculo. Ya en los inicios del cristianismo San Pablo se encontró con manifestaciones religiosas que dificultaban la acogida de la cruz de Cristo. Hoy también nos encontramos con expresiones religiosas que inciden sobre todo en la trascendencia, pero olvidan la dimensión encarnatoria del cristianismo, el compromiso con los pobres, la solidaridad con los que sufren y el sentido de la cruz de Cristo. Es necesario discernir y purificar. Si nosotros favorecemos algunos tipos de religiosidad, podemos crear un terrible malentendido y favorecer la confusión del Evangelio, con todas sus implicaciones, con un vago sentimiento religioso o sentimental.

4. Evangelizar a los alejados y desinteresados

Otro presupuesto que hay que considerar es el desinterés absoluto que muchas mujeres y varones de hoy tienen por lo religioso. No sólo desinterés sino incluso la idea de que la religión no aporta ningún bien y muchos males. La religión es enemiga del placer, del progreso, del éxito; es incompatible con la ciencia; no soluciona ninguno de los grandes problemas humanos, como sí los soluciona la técnica y la planificación.

En ese terreno creo que los cristianos tenemos una doble tarea para responder al derecho que tienen a ser evangelizadas esas gentes que así piensan y viven. Son “los que no quieren escuchar”, a los que según san Agustín¹⁰ se aplica el evangelizar a “destiempo” de 2 Tim 4,2.

1.- La primera es mostrar, con nuestra vida y nuestra palabra, la dimensión humanizadora de la fe cristiana. Al respecto es bueno recordar que hoy el debate ya no se sitúa al nivel de las pruebas de la existencia de Dios, de si Dios existe o no, sino al nivel de lo que la gente entiende cuando decimos Dios, o cuando pronunciamos el nombre de Jesús. Cuando en los medios de comunicación social o en algunos discursos radicales se ataca al cristianismo los argumentos giran en torno a un supuesto Dios de los cristianos que avalaría la intransigencia, la intolerancia o el fanatismo, así como a los males que supone la religión. Esta táctica viene de lejos y desgraciadamente los cristianos a veces la hemos provocado. Recuérdese “la concepción cristiana de Dios” que ofrece Nietzsche: “Dios como dios de los enfermos, como araña, como espíritu, es una de las más corrompidas que existen sobre la tierra; tal vez hasta marque el punto más bajo de la curva descendente del tipo de divinidad. ¡Dios *degenerado en objeción contra la vida*, en vez de ser su transfigurador y eterno sí! ¡En Dios declarada la guerra a la vida, a la naturaleza, a la voluntad de vida! ¡Dios, la fórmula de todas las calumnias del ‘más acá’, de todas las mentiras del ‘más allá’! ¡En Dios, divinizada la nada, santificada la voluntad de alcanzar la nada!”¹¹.

A veces, para mostrar la capacidad humanizadora de la fe, hemos subrayado la insuficiencia de este mundo, la vaciedad y el sin sentido en el que viven muchos contemporáneos, las pocas esperanza que ofrece esta sociedad. Yo coincido con muchos de estos análisis que han hecho y siguen haciendo pensadores de gran prestigio. Pero, a mi entender, el Evangelio es necesario no sólo por la finitud o la maldad de lo humano, sino por la oferta positiva de vida que ofrece. “Yo he venido para que tengan vida abundante”, dice Jesús. Por tanto, en nuestra tarea evangelizadora no se trata de pensar

¹⁰ Sermón sobre los pastores (*Sermón 46, 14*)

¹¹ F. NIETZSCHE, *El anticristo*, n° 18. BENEDICTO XVI en *Deus caritas est*, n. 3, insinúa lo acertado de algunas críticas de Nietzsche: “El filósofo alemán expresa una apreciación muy difundida: la Iglesia, con sus preceptos y prohibiciones, ¿no convierte acaso en amargo lo más hermoso de la vida? ¿No pone quizás carteles de prohibición precisamente allí donde la alegría, predispuesta en nosotros por el Creador, nos ofrece una felicidad que nos hace gustar algo de lo divino?”.

que la mejor defensa es un buen ataque, sino de decir tranquilamente lo que somos, vivimos y creemos. Decir que la revelación nos descubre un tipo de proceder que no nace de la carne ni de la sangre, pero que enaltece a la carne y a la sangre; nos descubre espacios para lo gratuito y lo imprevisto. Cuando alguien entrega su vida por sus enemigos, cuando alguien da hospitalidad al extranjero y desconocido, cuando alguien renuncia al placer del cuerpo para servir con mayor libertad a los necesitados, cuando alguien es fiel a su promesa aún a costa de la vida, eso no son reacciones explicables por la fisiología y la biología. Aparece ahí una novedad inesperada que interpela a la razón y le muestra la humanidad del amor, del perdón y del servicio.

Sin duda, en esta sociedad secularizada, un cristiano no puede menos que detectar una serie de manifestaciones inaceptables, que merecen una seria crítica y exigen ser revisadas precisamente en nombre de lo más humano y racional. Así, por ejemplo, el individualismo de muchas personas, insensibles a las necesidades de los demás. O la búsqueda del poder a toda costa, que desemboca inevitablemente en la corrupción. O el terrorismo organizado, que supone una auténtica deshumanización y un menosprecio de la vida humana. O el uso de la droga, que se opone a dos de las características más propias y nobles de la cultura occidental, como son la lucidez y la razón.

Los ejemplos se podrían multiplicar. Me interesa indicar que ante lo inaceptable de la cultura hay que ofrecer las "razones" de lo inaceptable y no comenzar por practicar la condena con demasiada ligereza, pues entonces nos situamos claramente al margen y el testimonio de la fe resulta difícil. Más bien considero que habría que presentar la fe cristiana como una experiencia de contraste. Así, frente al imaginario del éxito, del poder y del placer, de esas experiencias que me encierran en mí mismo y me alejan del sufrimiento ajeno, la fe cristiana acentúa aquellas experiencias de éxodo, de desposesión, las que me hacen salir de mí mismo. Dios genera fraternidad. Es un Dios gratuito que ama a cada uno. Porque todos somos únicos, insustituibles, ninguno somos intercambiables. Otro tema al que es muy sensible la cultura actual es el de la libertad. La fe cristiana, aceptando sin reservas esta exigencia de la cultura, amplía sus dimensiones yendo más allá de mi libertad para entrar en el terreno de la solidaridad con todos y, ante todo, con aquellos hombres y mujeres oprimidos y privados de libertad. La preocupación por el bien de los demás es siempre el mejor camino para encontrarse con Dios.

2.- He dicho que ante el desinterés por el Evangelio los cristianos tenemos una doble tarea. La primera, sobre la que algo acabo de decir, mostrar la capacidad humanizadora de la fe. Voy con la segunda tarea, que en ocasiones es la única posible. Pues a veces resulta imposible hablar o hacerse entender. En estos casos sólo cabe dejarse ver y provocar preguntas. Provocar preguntas en una sociedad en la que no abundan las preguntas y, menos aún, las grandes preguntas por el por qué o el para qué de la vida. Hoy la ciencia y la técnica tienen respuestas prácticamente para todo lo inmanente, para todas las cosas corrientes que necesitamos en cada momento. Se diría que las personas secularizadas ya no necesitan más. De ahí la importancia de que el cristianismo aparezca como una sorpresa, como algo maravilloso, inesperado, algo que hace pensar.

No es fácil, nunca lo ha sido, transmitir la fe. En estos tiempos nuestros en que los discursos parecen gastados es bueno recordar que también se evangeliza provocando preguntas. Los cristianos, en demasiadas ocasiones, nos hemos acostumbrado a dar

muchas respuestas. Pero aparte de que la fe no tiene respuestas para todo, es tanto o más importante suscitar preguntas. Por ahí debiera empezar la tarea misionera y, en ocasiones, desgraciadamente ahí termina, sobre todo cuando la palabra es impedida. Entonces siempre queda la posibilidad de que se interroguen quiénes nos observan.

Jesús suscitó muchas preguntas. Precisamente porque suscitaba preguntas logró que muchos le siguieran: ¿de dónde le viene esta sabiduría?, ¿con qué autoridad expulsa los demonios?, ¿quién es ese?, ¿quién se ha creído que es? Según Pablo VI, al ver nuestra vida, la gente debería preguntarse: “¿por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué o quién los inspira? ¿Por qué están con nosotros?”¹².

Sólo cuando la presentación de Jesús o la presencia de los cristianos suscita una pregunta, hemos encontrado el presupuesto que hace audible la respuesta. Si no somos capaces de plantear preguntas, a nadie interesarán nuestras respuestas, pues toda respuesta encuentra sentido en el contexto de la pregunta que la ha suscitado. Una respuesta sin pregunta previa muchas veces carece de sentido y difícilmente se entiende. Igualmente, una religión que no tiene capacidad de interpelar no interesa a nadie. Mi vida, ¿suscita algún interrogante o deja indiferentes a los que me ven? Si no suscita interrogantes debo preguntarme por la calidad de mi fe cristiana.

5. La encarnación perdura siempre¹³

En esta sociedad nuestra, sobre todo si queremos llegar a los alejados, no podemos esperar que sean ellos los que vengan a nosotros. Somos nosotros los que tenemos que ir donde ellos están. La capilla, el templo, la parroquia ya no es el lugar de la evangelización, sino el mundo, la ciudad secular. Si lo pensamos bien siempre ha sido así. El lugar dónde Jesús evangelizaba no era solamente ni principalmente la sinagoga. Jesús evangelizaba allí donde estaba la gente, en la sinagoga sí, pero también en las plazas, en lugares públicos, en las casas particulares. Hoy la gente más necesitada del evangelio ya no se encuentra en los templos. Hace 70 años un teólogo dominico francés, el P. Chenu, realizó un análisis de la situación pastoral francesa perfectamente aplicable hoy en España: en la medida en que las parroquias están adaptadas a un apostolado de tipo familiar¹⁴ resultan

¹² *Evangelii Nuntiandi*, 21

¹³ El título de este apartado está inspirado en algunas expresiones de M.D. CHENU, O.P., *L'Évangile dans le temps*, Du Cerf, París, 1964. Traducción castellana: *El Evangelio en el tiempo*, Estela, Barcelona, 1966: “La encarnación continúa” (pág. 25 de la edición castellana y 29 de la francesa) “La encarnación de Dios no se realizó de una vez para siempre en un rincón de Judea; perdura siempre, es siempre válida, válida en todas partes” (83 castellana y 89 francesa), “se continúa en el tiempo y en el espacio” (119 castellana, 129 francesa; en adelante sólo citaré la edición castellana). El Concilio Vaticano II asumió esta idea: “El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre” (*Gaudium et Spes*, 22).

¹⁴ Hoy la Iglesia española insiste mucho en el apostolado familiar, importante sin duda, y más si se trata de evangelizar a familias desestructuradas. Pero no son esas familias las que normalmente acuden a la parroquia. Tampoco la parroquia suele estar preparada para llegar más allá de un apostolado familiar tradicional, con lo que el diagnóstico del P. Chenu cobra nueva actualidad.

“inadecuadas para la santificación de las formas societarias desarrolladas ulteriormente, en las que el trabajo, por ejemplo, encuentra su marco apropiado”¹⁵.

Esta salida al mundo, este ir dónde esta la gente, el escuchar sus problemas, necesidades, ilusiones e inquietudes, nos hace descubrir nuevas virtualidades del evangelio, que de otra forma nunca hubiéramos descubierto. Cuando en situaciones inéditas queremos decir nuestra fe, uno descubre una comprensión de la misma que hasta entonces permanecía en estado latente y no reflejo, y una fuerza nueva que le hace superar las dudas que pensaba tener¹⁶. Ya Jesús prometió la asistencia del Espíritu a sus testigos, especialmente en las más difíciles situaciones: “lo que tengáis que hablar se os comunicará en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en vosotros” (Mt 10,19-20).

Jesús pronuncia estas palabras para animar a sus discípulos que tienen que dar testimonio ante gobernadores y reyes y “ante los gentiles” (Mt 10,18). Esa situación es la nuestra. Pero hoy importa advertir que nuestra presencia ante ellos no puede ser beligerante. Nuestro testimonio ante el mundo no es, de entrada, una condena del mundo, un rechazo del ambiente en el que se mueven nuestros contemporáneos, que en realidad es nuestro propio ambiente. De nuevo vuelvo a citar esas antiguas y tan nuevas reflexiones de Chenu: “Hay que temer que muchas veces, asustados del poder anticristiano de los tejidos sociales, hemos iniciado más o menos conscientemente la experiencia de santificar, de cristianizar a los individuos *contra* los tejidos sociales que formaban parte de su vida afectiva”¹⁷.

Paralelamente, este rechazo del ambiente ha fomentado la creación de grupos o comunidades cristianas alejadas del perverso clima mundano y refugiadas en piadosas atmósferas cerradas. Esto conduce, según el P. Chenu, a un “cristianismo de emigrados, separados de la vida, de su realidad cotidiana, de sus estados de vida y de sus clases, y, consiguientemente, a un cristianismo sin mordiente y sin audacia, a un cristianismo desencarnado, es decir, literalmente sin encarnación, que abandonaba a su propia miseria a la masa condenada y despreciable del proletariado paganizado. Aquí hay algo más que un error de táctica: hay un error de estructura, porque hay un error de doctrina. El error es enfrentar la psicología religiosa de estos hombres contra la misma materia de su existencia, contra la materia más exigente, como si la vida cristiana fuera algo heterogéneo al contenido laborioso de su vida humana, y como si no pudiera subsistir más que atrincherándose contra esta labor incapaz de redención y de santidad gozosa. Pecado contra el realismo de la Encarnación”¹⁸.

¹⁵ O.c. en nota 13, 89

¹⁶ “En la cristiandad establecida, la fe se convierte en una herencia sociológica, en la que todo está previsto y administrado, en la seguridad de los catecismos y en la esclerosis de las prácticas. En cambio, ante el mundo nuevo, la Palabra de Dios excita las curiosidades de la fe, discierne los valores imprevistos, desbroza los preludios humanos de gracia, abre un diálogo permanente, inicia las comunidades fraternas. Por medio de ella, la Iglesia está totalmente abierta al mundo y es capaz de recapitular todas las obras de este mundo en Cristo”. (o.c. en nota 13, 27).

¹⁷ O.c. en nota 13, 89

¹⁸ Id., 90-91.

Una variante, o mejor una aplicación de esta cuestión son las instituciones: ¿creamos instituciones cristianas, colegios, hospitales, fábricas, radios, televisiones, periódicos, o actuamos, pensamos, hablamos y vivimos como cristianos en las instituciones? Una cosa no impide la otra, pero me parece que hasta ahora hemos insistido más bien en la primera olvidando la segunda, tanto o más necesaria. Por otra parte, si hablamos de cristianos en las instituciones importa mucho preguntarse por nuestro modo de presencia. Esta presencia debe ser lúcida y crítica. No puede consistir en cubrir de barniz religioso determinadas posiciones políticas, económicas o sociales a las que nuestra presencia favorecería política o económicamente. Un cristiano en las instituciones debe dejar claro lo que es, como otros dejan claro lo que son y lo que piensan. No podemos, pues, vendernos a la lógica de las corruptelas, de la búsqueda del poder a cualquier precio, o de la disciplina de partido en determinados asuntos en los que está en juego la fe, disciplina que deja al margen el sentido de la verdad, de la justicia y la libertad de pensamiento. Partidos cristianos no, cristianos en el partido sí. Con sus servidumbres quizás, pero con libertad también. No es fácil ser cristiano en algunas instituciones, pero es necesario y posible.

Como se está, sin duda, adivinando, en toda mi reflexión hay una teología de fondo: la teología de la encarnación. Encarnación de un Dios que asume una humanidad real, no una humanidad ideal, una humanidad de pecado, (Rm 8,3; 2 Cor 5,21; Gal 3,13); y se junta con pecadores, marginados, excluidos, desheredados (cf. Lc 15,2; Mt 9,10-13). Nosotros tampoco podemos esperar encontrarnos con una humanidad ideal, con condiciones favorables para el anuncio del evangelio, con realidades santas y puras. La encarnación supone precisamente realidades de pecado, que necesitan conversión, realidades en las que se pone a prueba la paciencia y la perseverancia del evangelizador. A veces se piensa más o menos así: “si esta sociedad funcionase de otra forma, se construyese de otro modo, sería posible hacer algo”. Ante pensamientos así reaccionaba Chenu diciendo: “No; hemos sido enviados al mundo tal cual es; éste es el mundo que Cristo ha amado y por el cual murió”¹⁹.

Evangelizar no es primariamente establecer estructuras y medios de influencia, por no decir de poder. Es dar testimonio de la Palabra de Dios, con respeto y amor. La Iglesia tiene que evangelizar al mundo tal como es y tal como se construye. En un mundo secularizado la Iglesia ya no puede pensar como si siguiéramos en un régimen de cristiandad, donde la fe se convierte en herencia sociológica, en la que todo está previsto y administrado, y en la que la Iglesia goza de facilidades e instituciones privilegiadas. Esto significa que hay que olvidar los tiempos de poder de la Iglesia y avanzar decididamente por unos tiempos de influencia, de capacidad de convencer. Hoy nos vemos obligados a dejar de competir por las instituciones para ser presencias, signos, y para vivir con gentes de todo tipo. La casa de la Iglesia, la casa de los cristianos es “esta humanidad atareada y

¹⁹ Id., 29. También en pág. 284: “El mundo del cristiano no es un universo ideal construido por nuestras esperanzas, menos desconcertante para nuestra fe, más abierto a nuestro testimonio, en el cual esperaríamos el afortunado acontecimiento económico, social y político que haría posible ejercer en él nuestro amor. El mundo en que estamos es el mundo tal como existe, con sus taras y con sus grandezas, con sus pantanos y con sus catástrofes, el mundo en que trabaja el Maligno, y en que los peores determinismos parece que deban llegar a dominar nuestra libertad. Fuera de él, nuestra fe sería una evasión, puesto que es este mundo el campo de la encarnación de la gracia. ¡Qué riesgo! ¿No es necesario huir de las ocasiones peligrosas?... No, éste es el mundo que amamos, gracias al cual somos lo que somos, contra toda hipocresía, para salvarnos en él. Y a este mundo y no a otro, esperado en vano, ha sido enviado el mensaje evangélico”.

pecadora”²⁰. Sólo así puede hacerse presente el Evangelio en el mundo, sólo así puede llegar la Palabra de Dios a esta sociedad secularizada, una palabra que procede siempre por encarnación. La inserción del cristianismo en el mundo no es un accidente marginal, sino la ley misma de la encarnación²¹.

Una última palabra: Siempre ha habido voces que claman por artificiosas unidades en lo accidental. De ahí la necesidad de personas y grupos atentos a los signos de los tiempos y a la voz del Espíritu que sean recordatorio (a veces molesto) de esta ley desinstaladora, exigente y, al mismo tiempo, gratificante, que permite prolongar la encarnación de Dios hasta unos confines de la tierra que no son precisamente geográficos, y en los que habitan mujeres y varones que, alejados de la Iglesia y a veces mal vistos, tienen derecho a ser evangelizados, tienen necesidad de cristianos que se acerquen a ellos para decirles, silenciosamente si de otra manera no es posible, que Dios les ama.

²⁰ Id., 48

²¹ Id., 15-16; cf. 29.